

la Virgen de Luján, como en mi lapicera, y tiene puesto un traje largo, ajustado, de lentejuelas negras y plateadas que hace un brillo de tormenta eléctrica cada vez que se mueve, con la espalda desnuda y un tajo en el costado hasta más arriba de la rodilla, y los hombres sentados a las mesas, con caras de botón amarillo y dos ranuras oblicuas en el lugar de los ojos me miran impávidos, por encima de copas y botellas, pero de pronto todas esas muestras de botonería se cargan de significación a través de la niebla malsana y se hacen una seña imperceptible como en el truco, porque allí, contra el vidrio empañado, asomando cada vez más nítido entre los cristales de nieve, perfectos esta vez, no como antes, recortados por la exigente geometría como para una catedral, aparece un rostro exhausto, el rostro de Daniel que viene a salvarla, pero está herido y a punto de desfallecer, y cuando ella lo reconoce con un sobresalto y va a correr hacia él, los hombres amarillos, que se han puesto de pie lentamente, le cortan el paso, cuchillo en mano, uno junto al otro, en una barrera tan infranqueable como si fueran realmente botones que hubieran encontrado sus ojales y estuvieran por cerrar herméticamente el universo para todo lo bueno. Delante de ellos, el Sheik, justo en el centro, y ahora me doy cuenta de que lo llaman así porque se parece a Valentino; con un ramo de jazmines en la mano da un paso hacia un lado, hacia el otro, impidiéndole avanzar. Ella se ofusca y se exaspera. El ríe, invencible en su juego.

—Espera, María de las Nieves. Voy corriendo. Son diez pasos apenas —grité sin voz y emprendí la carrera desenfrenada, temiendo que las piernas se me trabaran, que se me aflojaran, que se me deshilacharan, y yo ahí, entonces, inútil, caída sobre la nieve como un trapo, mientras los otros avanzan con sus cuchillos y él trata de adormecerla con el perfume narcótico de los jazmines, y solamente había brillos de metal contra el vidrio cuando abrí la puerta y grité con toda la fuerza que reuní.

—¡Papá! ¡Ven rápido! ¡Es urgente! ¡Urgentísimo!

El se levantó sorprendido, alarmado, y vino casi corriendo, sin sombrero, preguntando «¿Qué pasa?», y pasó y salió y siguió de largo, y yo alcancé a decir:

—La raptó. La llevó a un fumadero y ahora la va a anestesiar.

Sólo eso antes de que me ordenara:

—Quédate aquí y no te muevas.

Me quedé «aquí». Mi lugar era «aquí» cuando algo sucede «allá». Ni siquiera puedo tener el consuelo de que «aquí» sea «allá» para los que están allá, porque allá están sólo los grandes, los que se cansaron o cumplieron la penitencia de estar «aquí», los que ya saben. Yo estoy aquí como los curiosos que en ese momento se asomaron por las puertas del *Tokio*, igual que en un cuadro de Teniers en el que nadie parece entender nada de lo que está espionando. ¿Y qué van a entender si a veces sólo ven unas cuantas gallinas o un reflejo de sol o la calle vacía? ¿Y qué iban a entender si no veían más que a papá, tan colosal, con una mano en la nuca del Sheik y en la otra un ramo de jazmines donde aquél sepultaba la cabeza bruscamente? Tal vez ni repararan en María de las Nieves, que venía hacia mí con la cara avergonzada en su versión más encendida.

—Le está haciendo comer el ramo de jazmines. Dice que nos vamos a quedar aquí hasta que lo termine —se lamenta abochornada mirando de reojo al público que aumenta.

—¿Aquí? ¿Donde siempre estoy yo? ¿Siempre conmigo? Bueno, él te impidió llegar hasta Daniel. El estaba de acuerdo con los japoneses. A lo mejor hasta les ordenó que sacaran los cuchillos —comenté para justificar a papá.

—¿Daniel? ¿Los japoneses? ¿Qué cuchillos? —me puso la mano sobre la frente—
¡Otra vez! ¡Papá! ¡Lía tiene fiebre otra vez!

(No tengo fiebre. Está tratando de que lo suelte, o de que se distraiga y el otro se escape, pero si lo intenta, papá lo atraparé por un ala negra y le arrancará las plumas y le hará barrer la nieve con el plumero. ¡Ay, qué dolor! Es a mí a quien se las arrancan una por una.)

—¡Papá, apúrate! ¡Lía tiene fiebre!

—No te oye. Parece que se ha encariñado con el Sheik, parece que le está regalando flores —interpretó Laura, que acababa de llegar con aires de princesa polar, hostigando con una rama a sus dos carretilleros exhaustos, maltrechos, desinflados—. Están despedidos —agregó al bajar, sin ningún miramiento—. Por inútiles, por dinosaurios, por delicuescentes.

Estaba realmente inspirada, tanto que se iba enfureciendo a medida que recordaba «palabras, palabras, palabras», y no se detuvo cuando María de las Nieves la sacudió por un brazo sermoneándola:

—Basta. No seas desagradecida. Vas a pedir disculpas; bueno, tarde o temprano, digo. Llamemos a papá. Griten conmigo: ¡Lía tiene fiebre!

—Cavernarios, dodecaedros, estupefacientes, palimpsestos, paralelepípedos. ¡Lía tiene fiebre!

Y otra vez las tres:

—¡Lía tiene fiebre!

El golpe me dio en mitad de la espalda. ¿Habría aparecido el ala, definitivamente, o me la habrían arrancado de una vez? ¿Estaría en descubierto? ¿Qué explicación podía dar si ni siquiera sabía por qué era? En seguida pasó algo, algo como una pincelada veloz que golpeó contra el hombro de papá, reventó y salpicó. Otra bola de nieve se fue a ninguna parte. Miré hacia atrás. Bruno y Andrés, en cuclillas, se entregaban con frenesí a su tarea modeladora. Enfrente, los parroquianos se afanaban también, dispuestos a defendernos. No todos, no; algunos se pasaron al otro bando cuando papá soltó al Sheik y éste corrió a ponerse al frente de sus secuaces.

Fue una espléndida fiesta. Todos participamos. Hubo muchísimos voluntarios que salieron de sus casas y se agregaron a la batalla. Las huestes de papá, que parecía Napoleón en la campaña de Rusia —¡lástima no tener sombrero!— eran numerosas y disciplinadas; las del Sheik semejaban más bien grupos de deportados a Siberia. Hubo combatientes heroicos, como el rengo Matías, y unos pocos desertores que no quiero delatar. Hubo órdenes de mando, risas, insultos, exclamaciones, frases mal intencionadas, amenazas, aplausos, palabras hirientes, murmullos, vítores, bromas.

Las maniobras eran ágiles, veloces, sin intervalos. La nieve iba y venía, estallaba en agua y copos. Los proyectiles se cruzaban como meteoritos. Muchas veces se perdían o equivocaban su destino. Poco a poco el combate se convirtió en un juego colectivo y terminó por cansancio, sin vencedores ni vencidos.

Así dijo papá, le dio la mano al Sheik entre ruidosas aclamaciones, y volvimos a casa lentamente, tomados de la mano, respirando muy hondo el aire gris azulado de aquella tarde.

—Tengo una curiosidad —dijo de pronto papá—: ¿De dónde sacó los jazmines? ¿Y jazmines en agosto? ¿Es prestidigitador? ¿O los hizo con nieve?

—Los tenía debajo del saco, entre el saco y la camisa —contestó tímidamente María de las Nieves, y agregó en voz más baja, entrecortadamente, pero no sin una pequeña ráfaga de vanidad—: dijo que los lleva siempre, por si acaso me encuentra, y que los corta de un jardín que hay en su alma.

—¿Así que tiene una hermosa floración perenne sólo por si te encuentra? Bueno, si te dejas encontrar se los comerá de nuevo —sentenció papá—. Y otra curiosidad: ¿por qué empezaron esos chicos, que parecen tan mansos, a tirar con bolas de nieve?

—Para defender al Sheik, o porque sí, o porque no, o porque son delicuescentes, estupefacientes, paralelepípedos, o a lo mejor porque Lía tiene fiebre —respondió atropelladamente Laura.

—Ya veo, ya veo —es evidente que aunque sabe un poco menos que mamá, también lo sabe todo—. ¿De modo que tienes fiebre? No me parece. Seguro que sólo fue algún mal pensamiento —concluyó tocándose la frente.

Estuve a punto de decir: «No, yo tenía un ala, un ala negra en mitad de la espalda, pero me la borraron con un golpe de nieve. ¡A lo mejor si alguien frotara las alas al Sheik con un poco de nieve!

Pero no lo dije. Me lo callé hasta ahora.

(Cuando estoy desvelada vuelvo a ese día envuelto en nieve y es como si trazara una pincelada muy brillante a lo largo de la sombría tapia que atraviesa los años más crueles, más avaros. ¡Era tan minuciosa la blancura, tan insomne el silencio, tan invisible el cielo a punto de existir! En esa sábana me tiendo, me acurruco y contemplo a lo lejos las luces neblinosas, los árboles alertas, las casas en suspenso, las ventanas con vidrios escarchados en los que alguna cara que yo elijo y que no está, aparece entre el humo azulado con puntitos brillantes: mamá, que me sonríe melancólicamente y se persigna, papá que me saluda con la mano, la abuela que farfulla unas palabras incomprensibles desde hace sesenta años):

—Lía, te estoy hablando, ¿no duermes?

Si le digo que sí, miento.

—No, no duermo, pienso y cuando duermo sueño que pienso.

—A lo mejor, si me cuentas en qué piensas, algo no puedo hacer —dice con gran dulzura, tomando una de mis manos entre las suyas, arrugadas y venosas, con flacos dedos de pájaro como los míos.

—Pienso en nada, abuela; pienso en blanco, porque pienso en la nieve.

—¿Y si escribiéramos algo con un palito sobre la nieve? ¿O si hablamos y después lo escribimos? O al revés, como tú quieras.

(Lo estoy haciendo y la nieve me borra las páginas, abuela, me disuelve las palabras o deja que se arremolinen y que se las lleve el viento frío.)

Se sentó en la cama y me miró bien adentro con sus ojos azules, como si mirara el fondo misterioso del aljibe. Algo se contrajo en mis ojos para recibir esa mirada que caía como una ofrenda, como un pétalo.

¿Y si se lo dijera? Ella tiene recetas para todos y no le cuenta nada a nadie. Ella sabe que a los alacranes hay que hacerles un círculo de fuego para impedirles pasar, que cuando se derrama la sal hay que arrojar tres puñaditos por encima del hombro izquierdo y decir «Satán, Satán, toma tu parte y vete»; ella escondió en un costurero el echarpe de raso Tutankamón que yo quemé y rezamos y diez días después estaba sano, ella mata brujos mondando por entero una naranja sin romper la cáscara, ella hace dulces con «intención» para que no nos haga daño la María Teo, ella sabe hablar hasta por señas a las hadas y los duendes, y es amiga del unicornio y hace retroceder espantado al basilisco.

—¿Y empezamos? Había una vez una niña que tenía fiebre porque estaba triste, tan triste que ni siquiera pudo levantarse para ponerle una flor en el ojal al muñeco de nieve que hacían los otros chicos. Estaba tan triste que no había espejo que se alegrara. ¿Y sabes qué hay que hacer con la tristeza?

—No sé. Dependerá del tamaño, de la forma, del color —dije con miles de vacilaciones, sabiendo que yo ignoraba todas esas cosas acerca de la mía.

—No, yo te voy a decir. La tristeza es siempre un papel de seda sucio, ajado y gris, que envuelve una por una todas las cosas que tú miras, ¿verdad? Bueno, en cuanto aparece, lo agarras por una punta, lo arrugas, lo estrujas más y más, hasta que te cabe en el hueco de la mano; le echas unas gotas de lo que tengas: lágrimas es lo mejor, pero que sean las últimas; lo reduces más apretujándolo bien y haciéndolo rodar entre los dedos, y verás que es entonces una bolita que cambia de color y es cada vez más chica, como un garbanzo, como una arveja, como un confite, como una grajea. ¿Y esto era la tristeza? —sacó la otra mano del bolsillo y me mostró la grajea rosada que tenía en la palma. No me explico cómo hace para extraer tanto instrumental de ese bolsillo.

—No la comas tú. Se la das a tu abuela y ya se acabó —la puso en la boca y la tragó.

—¿Y mamá? ¿Por qué está tan triste a veces y se encierra a llorar?

—¡Ah! Porque no le salió bien. Porque en vez de una grajea hizo una naftalina y la naftalina conserva cualquier cosa, pero con el tiempo se evapora también, como habrás visto.

—Yo no quiero estar triste, abuela. No es cierto que esté alegre cuando estoy triste, como dice Laura —gemí desconsolada sobre su hombro delgadísimo con perfume a lavanda, mientras me abrazaba.